

oro. En lugar del antiguo Vinet, pálido y delgado, arisco y sombrío, veíase en él al hombre político, y marchaba sobre su fortuna con la seguridad propia del letrado que conoce las cavernas del derecho. Su astuta cabecita tan bien peinada y su barba tan perfectamente afeitada le daban un aire tan distinguido, aunque frío, que parecía agradable á la manera de Robespierre. No había duda alguna que este hombre podía llegar á ser un magnífico fiscal general de elocuencia elástica, peligrosa y mortífera, ó un orador de una malicia á lo Benjamín Constant. La acritud y el odio que le animaban poco antes se habían tornado en pérvida dulzura. El veneno se había cambiado en medicina.

—Buenas noches, querida mía, ¿cómo está usted?—dijo la señora de Chargebœuf á Silvia.

Matilde se fué derecha á la chimenea, se quitó el sombrero, se miró al espejo y puso su bonito pie sobre la litera del cenicero para enseñárselo á Rogrón.

—¿Qué le pasa á usted, caballero?—le dijo mirándole.—¿No me saluda? Vaya, veo que para usted tendrá que ponerse una vestidos de terciopelo...

Matilde invitó á Petrilla á que fuese á colocar sobre el sofá su sombrero, prenda que la pobre muchacha le tomó de las manos y que aquélla le dejó tomar como si la bretona fuese una camarera. Los hombres y los tigres tienen fama de ser muy feroces; pero ni los tigres, ni las víboras, ni los diplomáticos, ni los magistrados, ni los verdugos, ni los reyes pueden compararse, en sus grandes atrocidades, con las grandes crueldades, dulzuras envenenadas y desprecios salvajes de las señoritas entre sí, cuando las unas se creen superiores á las otras en nacimiento, en fortuna y en gracia, y cuando se trata de casorios y de preferencias, en una palabra, de las mil rivalidades de mujeres. El: «Gracias, señorita» que Matilde dijo á Petrilla era un poema en doce cantos.

¡Ella se llamaba Matilde, y la otra Petrilla! ¡Ella era una Chargebœuf, y la otra una Lorrain! ¡Petrilla era pequeña y enfermiza, y Matilde era alta y llena de vida! ¡Petrilla

vivía de caridad, y Matilde y su madre gozaban de independencia! ¡Petrilla llevaba un traje de algodón, y Matilde hacía ondular el terciopelo azul del suyo! ¡Matilde tenía los hombros más hermosos del departamento y brazos de reina, y Petrilla tenía omóplatos y brazos delgados! ¡Petrilla era Cendrillon, y Matilde era el hada! ¡Matilde iba á casarse, y Petrilla iba á morir soltera! ¡Matilde era adorada, y Petrilla no era amada por nadie! ¡Matilde tenía un pelo encantador y vestía con gusto, y Petrilla ocultaba sus cabellos bajo un gorro y no conocía la moda. Epílogo: ¡Matilde era todo, y Petrilla nada! La altiva bretona comprendía perfectamente aquel horrible poema.

—Buenas noches, hijita mía—le dijo la señora de Chargebœuf con superioridad y con el acento que le comunicaba su remangada nariz.

Vinet llevó al colmo esta clase de injurias mirando á Petrilla y diciéndole en tres tonos:

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Petrilla, ¡qué hermosa estamos esta noche!

—¡Hermosa!—dijo la pobre niña.—No es á mí, sino á su prima á quien debe dirigir esa palabra.

—¡Oh! mi prima lo está siempre—respondió el abogado,—¿no es verdad, padre Rogrón?—añadió volviéndose hacia el dueño de la casa y dándole golpecitos en la mano.

—Sí—respondió Rogrón.

—¿Por qué hacerle decir lo que no siente? Nunca me ha encontrado de su agrado,—repuso Matilde poniéndose delante de Rogrón;—¿no es verdad? Míreme usted.

Rogrón la contempló de pies á cabeza y cerró poco á poco los ojos como un gato cuando le rascan la cabeza.

—Es usted demasiado guapa, y su presencia resulta peligrosa—dijo Rogrón.

—¿Por qué?

Rogrón miró los tizones del fuego y guardó silencio. En aquel momento entró la señorita Habert, seguida del coronel. Celesta Habert, que había pasado á ser el ene-

migo común, sólo contaba con el apoyo de Silvia; pero todo el mundo le guardaba tantas más consideraciones y finuras, cuanto que cada uno le minaba el terreno. De suerte que la joven permanecía indecisa entre aquellas pruebas de interés y la desconfianza que su hermano despertaba en ella. El vicario, aunque estaba lejos del teatro de la guerra, lo adivinaba todo. Así es que cuando comprendió que las esperanzas de su hermana estaban muertas, se convirtió en uno de los más terribles antagonistas de los Rogrón. Todo el mundo se imaginó en el acto á la señorita Habert, cuando sepa que si ésta no hubiese sido dueña y aún más que dueña de colegio, habría parecido siempre una maestra. Las maestras tienen una manera propia de ponerse las capotas. Así como las inglesas viejas han adquirido el monopolio de los turbantes, las maestras tienen el monopolio de las capotas: su montura domina á las flores, éstas son más que artificiales, y aunque guardada durante mucho tiempo en el armario, su capota es siempre nueva y siempre vieja, como el primer día. Estas muchachas hacen consistir toda su dicha en imitar á los maniqués de los pintores, y se sientan sobre sus caderas, en lugar de hacerlo sobre las sillas. Cuando se les habla vuelven de lleno todo el busto, en lugar de volver sólo la cabeza, y, cuando sus ropas crujen, se sienten uno inclinado á creer que esta clase de mecanismo tiene estropeados los resortes. La señorita Habert, que era el ideal de este género, tenía la mirada severa, boca contraída, y bajo su barba plagada de arrugas, las cintas de su capota, descoloridas y arrugadas, iban y venían siguiendo sus movimientos. Le hacían alguna gracia dos lunares un poco salientes y morenos, adornados de cabellos que ella dejaba crecer, cual si fueran clemátides. Por último, tomaba tabaco, y lo hacía sin gracia.

Empezó la partida de *boston*. Silvia tenía enfrente á la señorita Habert, y el coronel estaba á su lado, delante de la señora de Chargeboeuf. Matilde permaneció al lado de su madre y de Rogrón. Silvia colocó á Petrilla entre ella y el coronel. Rogrón preparó la otra mesa para el

caso de que se presentasen los señores Neraud, Cournant y su mujer. Vinet y Matilde sabían jugar al *whist* y formaban otra partida con el matrimonio Cournant. Desde que aquellas damas de Chargeboeuf, como decían las gentes de Provins, iban á casa de los Rogrón, los dos quinqués brillaban en la chimenea entre los candelabros y el reloj, y las mesas estaban iluminadas con bujías de á dos francos la libra, si bien pagadas con lo que se sacaba para pagar las cartas.

—Vamos, Petrilla, toma tu labor, hija mía—dijo Silvia á su prima con pérfida dulzura, al ver que la niña miraba el juego del coronel.

Estando en público, la solterona trataba siempre muy bien á Petrilla. Este infame engaño irritaba á la leal bretona y le hacía despremiar á su prima. Petrilla tomó su bastidor; pero, mientras sacaba los puntos, continuaba mirando el juego de Gouraud. Éste tenía el aire de no saber siquiera que tuviese una muchacha á su lado. Silvia le observaba, y empezaba á juzgar excesivamente sospechosa aquella indiferencia. Hubo un momento en la velada en que la solterona llegó á interesarse por una pique que se cruzaba á oros: el cesto estaba lleno de fichas y contenía, además, un franco treinta y cinco céntimos. Los Cournant y Neraud acababan de llegar. El anciano juez suplente Desfondrilles, á quien el ministerio de Justicia juzgaba con capacidad suficiente para ser juez interino, pero que no tenía nunca bastante talento cuando trataba de ser juez de plantilla, y que hacía dos meses que había abandonado el partido de los Tiphaine é ingresaba en el partido Vinet, se mantenía de espaldas á la chimenea, con los faldones de la levita levantados, y contemplaba aquel magnífico salón donde brillaba la señorita de Chargeboeuf, pues parecía que su decorado rojo hubiese sido hecho expresamente para realzar las bellezas de esta hermosa joven. Reinaba el mayor silencio. Petrilla miraba como jugaban aquella insignificante cantidad, y la atención de Silvia había sido distraída por el interés de la jugada.

—Juegue usted esa—dijo Petrilla al coronel, indicándole oros.

El coronel empezó á jugar oros; los oros estaban entre Silvia y él, y el coronel robó el as; de modo que ganó.

—Esta jugada no vale. Petrilla ha visto mi juego, y el coronel se ha guiado por ella.

—Pero, señorita, el juego del coronel era jugar oros, al ver que es usted la única que los tiene.

Esta frase hizo sonreír al señor Desfondrilles, hombre astuto que había acabado por divertirse viendo el juego de ambiciones de Provins, donde desempeñaba el papel de Rigaudin de *La casa en rifa*, de Picard.

—Pero si este es el juego del coronel—dijo Courmant sin saber del juego que se trataba.

Silvia dirigió á la señorita Habert una de esas miradas atroces é hipócritas de solterona á solterona.

—Petrilla, usted había visto mi juego—dijo Silvia fijando sus ojos en su prima.

—No es verdad, prima.

—Yo les miraba á todos ustedes, y puedo asegurar que la pequeña no ha visto más que el juego del coronel—dijo el juez arqueólogo.

—¿Quién sabe?—dijo Gouraud asustado.—Las niñas saben mirar á veces con disimulo.

—¡Ya lo creo!—dijo Silvia.

—Sí, ha podido ver su juego para hacer una picardía—repuso Gouraud.—¿Verdad, hermosa mía?

—No—dijo la leal bretona;—soy incapaz de esto, y en todo caso me hubiera interesado por el juego de mi prima.

—Ya sabe usted que es una embustera, y además, una tonta—dijo Silvia.—¿Cómo ha de dar uno fe á sus palabras después de lo que ha pasado esta mañana? Es usted una...

Petrilla no dejó que su prima acabase la frase en su presencia, y adivinando un torrente de injurias, se levantó, salió sin luz y subió á su habitación. Silvia se puso pálida de rabia, y dijo entre dientes:

—¡Ya me la pagará!

—Bueno, entretanto, páguenos usted lo que ha perdido—dijo la señora de Chargebœuf.

En este momento, la pobre Petrilla dióse un golpe en la frente contra la puerta del corredor que el juez había dejado abierta.

—Así me gusta; ¡le está bien empleado!—exclamó Silvia.

—¿Qué le ocurre?—preguntó Desfondrilles.

—Nada que no merezca,—respondió Silvia.

—Me parece que se ha hecho daño,—dijo la señorita Habert.

Silvia se levantó para ir á ver lo que le había pasado á Petrilla, evitando así el pago de lo que había perdido; pero la señora de Chargebœuf la detuvo, diciéndole:

—No, no, primero páguenos usted, porque después no se acordaría.

Esta proposición, fundada en la mala fe que la ex mercera empleaba en sus deudas de juego, obtuvo una aprobación general. Entonces Silvia volvió á sentarse y no pensó más en Petrilla, sin que aquella indiferencia asombrase á nadie. Durante toda la velada, Silvia se mostró sumamente preocupada, y cuando el *boston* acabó, á eso de las nueve y media, se sentó en una poltrona cerca de la chimenea, y no se levantó más que para despedirse de sus contertulios. El coronel la torturaba, y ella no sabía qué pensar de él.

—¡Son tan falsos los hombres!—se dijo al quedarse dormida.

Petrilla se había dado un golpe atroz contra la puerta en la parte lateral de la cabeza, y al día siguiente la pobre niña presentaba en el lugar golpeado importantes equimosis.

—Dios la ha castigado á usted por haberme desobedecido y haberme faltado al respeto que me debe, no dándome oídos y marchándose sin dejarme terminar la frase,—le dijo su prima á la mañana siguiente.—No tiene usted más que lo que merece.

—Sin embargo,—dijo Rogrón,—sería necesario ponerle compresas de agua y sal.

—¡Bah! esto no será nada, primo—dijo Petrilla.

La pobre niña había llegado á ver una prueba de interés en la observación de su tutor.

La semana acabó con tormentos continuos, como había empezado. Silvia se hizo ingeniosa para el mal y llevó los refinamientos de su tiranía hasta los extremos más salvajes. Los caribes, los zulús, los mohicanos hubieran podido recibir lecciones de ella. Petrilla no se atrevió á quejarse de los vagos sufrimientos y de los dolores que sentía en la cabeza. El origen del disgusto de su prima consistía en un secreto relativo á Brigaut, acerca del cual guardaba Petrilla un silencio fácil de concebir, dada su testarudez bretona. Todo el mundo comprenderá ahora la mirada que la niña dirigió á Brigaut, á quien ella creía perdido si lo descubrían, y al que, por instinto, quería tener á su lado. ¡Qué alegría para ella poder ver á Brigaut! La presencia de su amigo de la infancia era comparable para ella á la presencia de la patria para el desterrado, y á la del cielo para el mártir, el cual, armado del poder de segunda vista, tiene la facultad de penetrarlo durante los ardores del suplicio. La última mirada de Petrilla había sido tan perfectamente comprendida por el hijo del mayor, que éste, al mismo tiempo que cepillaba los tablonés, abría el compás, tomaba medidas y ajustaba maderas, se devanaba los sesos para buscar un medio de comunicarse con Petrilla. Brigaut acabó, pues, por urdir la siguiente maquinación de excesiva sencillez: á cierta hora de la noche Petrilla echaría un bramante al extremo del cual podría él atar una carta. Por medio de los horribles sufrimientos que causaba á Petrilla su doble enfermedad, consistente en un foco de supuración que se le formaba en la cabeza y el desarreglo de su naturaleza, estaba sostenida por el pensamiento de comunicarse con Brigaut. Un vivo deseo agitaba á aquellos dos corazones, que hasta separados se entendían. A cada insulto que le llegaba al corazón, y á cada dolor de cabeza, Petrilla se decía: «¡Brigaut está aquí!» y entonces sufría sin quejarse.

El primer día de mercado que hubo después de su pri-

mer encuentro en la iglesia, Brigaut acechó á su amiga. Aunque la vió temblorosa y pálida, cual hoja de noviembre próxima á caer de la rama, el bretón, sin perder la serenidad, se fué á comprar fruta á la verdulera que proveía á la terrible Silvia. De este modo pudo entregar una carta á Petrilla con tanta sangre fría, á pesar de que la sangre se le agolpaba al corazón y parecía próxima á saltar de sus arterias, que Brigaut parecía no haber hecho otra cosa en su vida. Exteriormente, ostentó la resolución del hombre más decidido, mientras que interiormente sentía los temblores de la inocencia, semejantes en un todo á los que sufren ciertas madres en sus crisis mortales. Petrilla sintió los vértigos de Brigaut y guardó la carta en el bolsillo del delantal. Las placas de sus mejillas adquirieron el color rojo cereza propio de las emociones violentas. Aquellos dos niños experimentaron mutuamente, y sin saberlo, sensaciones poco comunes. Aquel momento les dejó en el alma un manantial vivo de emociones. Silvia, que no conocía el acento bretón, no podía ver un enamorado en Brigaut, y Petrilla volvió á su casa con su tesoro. Las cartas de estos dos pobres niños debían servir de piezas de cargo en una causa judicial, y á no haber sido por esta circunstancia, nunca hubieran sido conocidas. He aquí, pues, lo que Petrilla leyó por la noche en su cuarto:

«Mi querida Petrilla: A las doce de la noche, á la hora en que todo el mundo duerme, yo velaré por tí y estaré todas las noches debajo de la ventana de la cocina. Tú puedes echar por tu ventana un bramante bastante largo para que llegue hasta mí, lo cual no producirá ruido, y atará el lo que quieras escribirme. Yo te responderé por el mismo medio. He sabido que esos miserables parientes que debían hacerte tanto bien y que te causan tanto daño, me han enseñado á leer y á escribir. ¡Tú, Petrilla, hija de un coronel que murió por su patria, reducida por esos monstruos á trabajar en la cocina!... He ahí la causa de que hayas perdido tus hermosos colores y tu magnífica salud. ¿Qué ha sido de mi Petrilla? ¿qué han hecho de ella?

«¡Ah! ¡cuán claramente veo que no estás á gusto! ¡Oh Petrilla, volvamos á Bretaña! Yo puedo ganar lo suficiente para mantenerte: podré darte tres francos diarios, pues gano cinco y con dos tengo bastante para mí. ¡Ah! ¡Petrilla, cuánto he rogado á Dios por ti desde que volví á verte. Le he rogado que me causase á mí tus sufrimientos y que compartiese contigo mis placeres. ¿Por qué estás con ellos y por qué te guardan? Tu abuela es para ti más que ellos. Esos Rogrón son muy malvados y te han quitado la alegría. Tú ya no andas en Provins como andabas en Bretaña. Volvámonos á Bretaña, que yo estaré allí para servirte, para hacerte los recados y para que me digas lo que quieras. Si necesitas dinero, yo tengo sesenta escudos, y tendré el dolor de enviártelos por medio del bramante, en lugar de besar con respeto tus queridas manos al depositarlos en ellas. ¡Ah! ¡Petrilla querida! ¡cuánto tiempo hace que el cielo está oscuro para mí! Desde que partiste en aquella malhadada diligencia no he tenido dos horas de placer, y cuando te volví á ver como á una sombra, turbó nuestra dicha esa bruja de parienta. En fin, tendremos el consuelo de rogar juntos á Dios todos los domingos, y acaso Él nos dé oídos. No te digo adiós, querida Petrilla, hasta esta noche.»

Esta carta conmovió de tal modo á Petrilla, que permaneció más de una hora leyéndola y mirándola; al cabo de la cual pensó que no tenía nada para escribir. En vista de esto, emprendió, pues, el difícil viaje de su buhardilla al comedor, donde podía encontrar pluma, tinta y papel, y lo llevó á cabo sin haber despertado á su terrible prima. Algunos instantes antes de las doce de la noche, la desgraciada niña había escrito esta carta, que también fue presentada en el proceso:

«¡Oh! sí, amigo mío, porque sólo tú y mi abuela me amáis en el mundo. ¡Que Dios me lo perdone! pero también bien sois vosotros dos los únicos á quienes amo por igual. Era demasiado pequeña para haber podido conocer

mi madre; pero á ti, Jacobo, y á mi abuela, y también á mi abuelo, que en el cielo esté, pues sufrió bastante el pobre con su ruina, que fué la mía; en fin, á vosotros dos que habéis quedado, os amo tanto cuanto soy desgraciada. Para conocer cuánto os amo, sería preciso que supieseis lo que sufro, y esto no deseo que lo sepáis, porque os causaría demasiada pena. ¡Me hablan como si fuera un perro, me tratan como á la última criada, y en vano examino las faltas de mi conciencia, cual si estuviera ante Dios, pues no me encuentro ninguna! Antes de que tú me cantases la canción de las casadas, yo reconocía la bondad de Dios en mis dolores, porque como te rogaba que me sacase de este mundo y me sentía muy enferma, me decía: «¡Dios me oye!». Pero puesto que tú estás aquí, quiero que nos vayamos á Bretaña á buscar á mi abuela que me ama, aunque ellos digan que me robó ocho mil francos. Brigaut, si este dinero es mío, tú puedes tenerlo, ¿verdad? Pero, ca, son mentiras, porque si tuviésemos ocho mil francos, mi abuela no estaría en San Jacobo. No he querido turbar los últimos días de aquella mujer con el relato de mis tormentos, porque la harían morir. ¡Oh! ¡si ella supiese que hacen fregar los platos á su nieta, ella que me decía: «Deja eso, monina mía», cuando en su desgracia quería yo ayudarla; «deja, deja, cielo mío, porque te estropearás las manitas!» ¡Ah! hoy sí que tengo las uñas limpias. La mayor parte de las veces no puedo traer el cesto de la plaza porque me cansa el brazo. Sin embargo, no creo que mis primos sean malos; pero tienen la manía de reñir, y al parecer ya no puedo alejarme de ellos, porque mi primo es mi tutor. Un día en que quise escaparme y en que se lo dije á ellos, mi prima me respondió que la gendarmería iría detrás de mí, puesto que la ley amparaba á mi tutor. No obstante, yo bien comprendí que los primos no reemplazan á nuestros padres, del mismo modo que los santos no pueden reemplazar al buen Dios. ¿Qué quieres, pues, que haga yo de tu dinero, pobre Jacobo? Guárdalo para nuestro viaje. ¡Oh! ¡cuánto he pensado en ti y en Pen-Hoel

»y en aquel gran estanque! Allí fué donde gozamos nuestras únicas dichas, y digo únicas, porque me parece que voy á acabar mal. ¡Estoy muy enferma, Jacobo! Siento horribles dolores en la cabeza, en las manos y en la espalda, y además un no sé qué en los riñones que me mata, y no tengo apetito más que para porquerías, como raíces y hojas. Finalmente, me gusta sentir el olor de los papeles impresos. Hay momentos en que lloraría si estuviese sola, pero no me dejan hacer nada á mi gusto, y ni permito tengo siquiera para llorar. Tengo que esconderme para ofrecer mis lágrimas á Aquel que nos concede estas gracias que nosotros llamamos aflicciones. ¿No ha sido Él quien te ha sugerido la idea de venir á cantar bajo mis ventanas el canto de las casadas? ¡Ah! Jacobo, mi prima, que te ha oído, me dijo que yo tenía un amante. Si quieres ser mi amante, ámame mucho; yo te prometo amarte siempre como cuando éramos niños y ser tu fiel servidora.

»PETRILLA LORRAIN.

»Tú me amarás siempre, ¿verdad?»

La bretona había cogido de la cocina una corteza de pan á fin de dar aplomo al hilo, y había hecho en ella un agujero para meter la carta. A las doce de la noche, después de haber abierto con excesivas precauciones la ventana, bajó la carta y el pan, que no podía hacer ningún ruido rozando la pared con las persianas, y sintió que Brigaut cogía el bramante, lo rompía y se alejaba después á paso de lobo. Cuando el bretón estuvo en medio de la plaza, Petrilla pudo verle indistintamente á la claridad de las estrellas, mientras que él la contemplaba en la zona luminosa de la luz proyectada por una bujía. Aquellos dos niños permanecieron así durante una hora: Petrilla haciéndole seña de que se fuese; él marchando, quedándose y volviendo después á ocupar su puesto, y Petrilla recomendándole de nuevo que se alejase. Esta maniobra tuvo lugar muchas veces, hasta que la pequeña cerró la ven-

tana, se acostó y apagó la vela. Una vez en la cama, se durmió feliz, aunque enferma, pues tenía la carta de Brigaut debajo de la almohada. La huérfana durmió como duermen los perseguidos, con un sueño embellecido por los ángeles, con ese sueño de atmósferas de oro llenas de arabescos divinos, entrevistos y reproducidos por Rafael.

La parte moral ejercía tanto imperio sobre aquella delicada naturaleza física, que al día siguiente Petrilla se levantó gozosa y ligera, radiante y alegre como una golondrina. Un cambio semejante no podía pasar desapercibido para los ojos de su prima, la cual, en lugar de reñirla, se puso á observarla con la atención de una urraca. «¿Cuál será la causa de su alegría?» pensaba la envidiosa y tiránica solterona. Si el coronel no hubiese ocupado á Silvia, ésta habría dicho á Petrilla como otras veces: «Petrilla, es usted muy atolondrada y se preocupa muy poco de lo que le dicen»; pero, en aquella ocasión, la solterona resolvió espíar á Petrilla como saben hacerlo las solteronas. Aquel día fué sombrío y mudo como el momento que precede á la tormenta.

—¿Ya está usted buena, señorita?—le dijo Silvia á la hora de comer.—¡Cuando yo te decía que hace todo eso para atormentarnos!—exclamó Silvia dirigiéndose á su hermano sin esperar la respuesta de Petrilla.

—Al contrario, prima, tengo una especie de fiebre...

—¿Fiebre de qué? ¡Está usted alegre como un pinzón! ¿Ha vuelto usted acaso á ver á alguien?

Petrilla tembló y fijó los ojos en su plato.

—¡Hipócrita!—exclamó Silvia.—¡A los catorce años! ¡Vaya unas disposiciones! ¿Se propone usted ser una desgraciada?

—No sé de qué me habla usted—repuso Petrilla levantando sus hermosos y brillantes ojos negros y fijándolos en su prima.

—Hoy se quedará usted trabajando en el comedor con una vela—le dijo Silvia.—Está usted de más en el salón, y no quiero que mire más mi juego para aconsejar á sus favoritos.

Petrilla no pestañeó.

—¡Disimulada!—exclamó Silvia al salir.

Rogrón, que no comprendía las palabras de su hermana, dijo á Petrilla.

—Pero ¿qué tenéis las dos? Mira, Petrilla, procura dar gusto á tu prima, que se muestra indulgente y buena, y que si está enfadada contigo, sin duda será por culpa tuya. ¿Por qué disputáis? A mí me gusta vivir tranquilo. Mira á la señorita Matilde; así debías ser tú.

Petrilla podía soportarlo todo, puesto que Brigaut iría, sin duda, á las doce de la noche á llevarle una respuesta, y esta esperanza constituía para ella el viático de la jornada; ¡pero la pobre mártir agotaba sus últimas fuerzas! Petrilla no durmió, y permaneció de pie oyendo sonar las horas en los relojes y temiendo hacer ruido. Por fin, al dar las doce, abrió poco á poco la ventana y echó una cuerda que había hecho ella misma atando unos á otros varios pedazos de bramante. Petrilla había oído los pasos de Brigaut, y cuando retiró la cuerda leyó la siguiente carta, que la colmó de alegrías:

«Mi querida Petrilla: Si tanto sufres, no necesitas cansarte tanto en esperarme, pues ya te avisaré mi presencia gritando como los chuanes. Afortunadamente, mi padre me enseñó á imitar su grito. Lo repetiré tres veces para darte á entender que estoy aquí y que tienes que echarme la cuerda; pero no vendré hasta dentro de algunos días. Espero comunicarte una buena noticia. ¡Oh! Petrilla, ¡morir!... ¿sabes lo que dices? Esta sola idea ha hecho estremecer mi corazón de un modo que creí morir. No, Petrilla mía, tú no morirás, sino que vivirás feliz y te harás libre en breve de tus perseguidores. Si yo no saliese airoso en mi empresa para salvarte, iría á hablar á la justicia, y diría á la faz del cielo y de la tierra la manera que tienen de tratarte tus indignos parientes. Estoy seguro de que sólo te quedan algunos días de sufrimiento, ten, pues, paciencia, Petrilla. Brigaut vela por ti como en el tiempo en que recorríamos juntos el estanque y en

que te saqué del pozo en que los dos estuvimos á punto de morir. Adiós, mi querida Petrilla. Si Dios quiere, dentro de algunos días seremos felices. ¡Ay de mí no me atrevo á decirte la única cosa que podría oponerse á nuestra unión. ¡Pero Dios nos protege! Dentro de algunos días podré, pues, ver á mi querida Petrilla en libertad, sin sufrir, sin que me impidan mirarla, porque ¡qué hambre tengo de verte, á ti, que te dignas amarme y decirme! Sí, Petrilla, yo seré tu amante; pero cuando haya ganado la fortuna que tú te mereces, y hasta entonces no querré ser para ti más que un fiel servidor, de cuya vida puedes disponer. Adiós.

»JACOBO BRIGAUT.»

Hé aquí lo que el hijo del mayor no decía á Petrilla. Brigaut había escrito la siguiente carta á la señora Lorrain:

«Señora: Su nieta va á morir víctima de malos tratamientos si usted no viene á reclamarla; me ha costado trabajo conocerla, y para que usted misma pueda juzgar las cosas, le remito adjunta la carta que he recibido de Petrilla. Pasa usted aquí por tener la fortuna de su nieta, y usted debe destruir esta acusación. En fin, si puede, venga pronto, que aun podemos ser felices; y si tarda, sepa que encontrará muerta á su Petrilla.

»Soy de usted afectísimo servidor,

»JACOBO BRIGAUT.

En casa del señor Frappier, carpintero, calle Mayor, Provins.

Brigaut temía que la abuela de Petrilla hubiese muerto. Aunque la carta de aquel á quien ella, en medio de su inocencia, llamaba su amante, le pareciese un enigma, le prestó fe. Su corazón experimentó la sensación que sienten los viajeros del desierto al ver las palmeras en torno del pozo. Brigaut le decía que en pocos días cesaría su desgracia, y ella durmió confiada en la promesa de su

amigo de la infancia; sin embargo, al unir estacarta á otra, Petrilla tuvo un espantoso pensamiento, horriblemente expresado.

—¡Pobre Brigaut!—se dijo.—¡Si supiera en qué mal pozo he caído!

Silvia había oído á Petrilla y había oído también á Brigaut bajo la ventana, y en su consecuencia se levantó, se fué al balcón para examinar la plaza á través de las persianas, y á la claridad de la luna vió á un hombre que se alejaba hacia la casa en que vivía el coronel, enfrente de la cual se detuvo Brigaut. La solterona abrió muy despacio su puerta, subió al primer piso, quedó estupefacta al ver luz en el cuarto de Petrilla, miró por el agujero de la cerradura y no pudo ver nada.

—¡Petrilla! ¿está usted enferma?—preguntó.

—No, prima—respondió Petrilla sorprendida.

—Pues ¿cómo es que tiene usted luz á estas horas? Abra usted; yo tengo que saber lo que hace...

Petrilla acudió á abrir descalza, y su prima vió la cuerda que Petrilla no había tenido cuidado de esconder, creyendo que no sería sorprendida. Silvia se abalanzó sobre la cuerda.

—¿Para qué sirve esto?

—Para nada, prima mía.

—¿Para nada? Bueno, siempre mentiras. Lo que es de ese modo seguramente que no irá usted al cielo. Acuéstese, que tiene frío.

Dicho esto, la celosa prima no preguntó nada más y se retiró, dejando á Petrilla llena de terror y de asombro ante tanta clemencia. En lugar de armar camorra, Silvia había resuelto de pronto sorprender al coronel y á Petrilla, coger las cartas y confundir con ellas á los dos amantes, que la engañaban. Petrilla, inspirada por el peligro que había corrido, cosió las dos cartas al corsé y las cubrió con indiana.

Aquí acabaron los amores de Petrilla y de Brigaut.

Petrilla celebró en el alma la determinación de su amigo, porque las sospechas de su prima iban á ser desvanecidas

al ver que cesaban las entrevistas. En efecto, Silvia pasó en vela tres días y tres noches espionando al inocente coronel, sin ver en la habitación de Petrilla, ni en la casa, ni en sus alrededores nada que demostrase su inteligencia. Después envió á Petrilla á confesar, y aprovechó aquel momento para registrar la habitación de la niña con la habilidad de los espías y vigilantes de las barreras de París; pero no encontró nada. Su furor llegó entonces al mayor grado que puede alcanzar este sentimiento humano. Si Petrilla hubiera estado allí, indudablemente la hubiera golpeado sin piedad. Para una mujer de su temple, los celos eran más bien una ocupación que un sentimiento. Silvia vivía, sentía latir su corazón, experimentaba emociones completamente desconocidas para ella hasta entonces; el menor movimiento la despertaba, oía los más ligeros ruidos y observaba á Petrilla con sombría preocupación.

—¡Esa miserable chiquilla acabará por matarme!

La severidad de Silvia para con su prima llegó á convertirse en refinada crueldad y empeoró la deplorable situación en que Petrilla se encontraba. La pobre niña tenía regularmente fiebre, y sus dolores de cabeza llegaron á ser insoportables. En ocho días su cara denotaba estar tan enferma, que habría enternecido á personas más humanitarias que los concurrentes á la casa de Rogrón; pero el médico Neraud, aconsejado sin duda por Vinet, estuvo más de una semana sin ir, y el coronel, sospechoso ya para Silvia, temió destruir su matrimonio si daba alguna prueba de interés por Petrilla. Matilde explicaba el estado de la niña diciendo que era una crisis prevista, natural y sin peligro. Por fin, un domingo por la noche en que el salón estaba lleno y Petrilla lo ocupaba también, la pobre mártir no pudo resistir tantos dolores y cayó desmayada. El coronel, que fué el primero en apercibirse del desmayo, se apresuró á cogerla y á colocarla sobre un canapé.

—Petrilla lo ha hecho expresamente—dijo Silvia mirando á la señorita Habert y á los que jugaban con ella.

—Le aseguro que su prima está muy mala—dijo el coronel.

—Pero estaba muy bien en sus brazos—dijo Silvia al militar con espantosa sonrisa.

—El coronel tiene razón—dijo la señora de Chargebœuf,—debe usted llamar á un médico. Esta mañana, en la iglesia, todo el mundo hablaba del mal estado de la señorita Lorrain, que es visible.

—¡Me muero!—dijo Petrilla.

Desfondrilles llamó á Silvia y le dijo que le desatase el corsé á su prima. La solterona acudió diciendo:

—¡Son rabetas!

Al mismo tiempo que decía esto le desabrochó la ropa, y cuando iba á tocarle el corsé, Petrilla, haciendo sobrehumanos esfuerzos, se irguió y exclamó:

—No, no, ya iré yo á acostarme.

Silvia había tentado el corsé, y su mano tocó los papeles; pero dejó que Petrilla se fuese, diciendo á todo el mundo:

—Vaya, ¿qué les parece á ustedes su enfermedad? Todo es maulería. No serían ustedes capaces de imaginarse la perversidad de esta muchacha.

Terminada la velada, Silvia retuvo á Vinet. Aquella mujer estaba furiosa, quería vengarse, y se mostró grosera con el coronel cuando éste se le acercó para despedirse. El militar dirigió á Vinet cierta mirada amenazadora que parecía señalar ya el sitio del vientre en que pensaba alojarle una bala. Cuando Silvia y Vinet estuvieron solos, la solterona le dijo:

—¡Jamás me casaré con el coronel!

—Bueno, ahora que ha tomado usted esa resolución, ya puedo hablar. El coronel es amigo mío, pero yo lo soy más de usted que de él: Rogrón me ha hecho favores que no olvidaré nunca. Yo soy tan buen amigo como implacable enemigo. Una vez en las Cortes ya se verá lo que soy capaz de hacer, y Rogrón ha de ser recaudador general de mi hechura... Ahora bien, júreme usted que nunca repetirá nada de cuanto voy á decirle. (Silvia hizo un signo afirmativo). En primer lugar, ese buen coronel es más juez que las mismas cartas.

—¡Ah!—exclamó Silvia.

—A no ser por ese vicio, sin duda sería hoy mariscal—repuso el abogado.—Si usted se hubiese casado con él, sería capaz de arruinarla, porque es un hombre terrible. Además, no crea usted que los esposos pueden tener ó no tener hijos, y usted sabe lo que le ocurriría. No; si quiere usted casarse, espere á que yo sea diputado, y entonces podrá unirse con ese anciano Desfondrilles, que será presidente de audiencia. Para vengarse, case usted á su hermano con la señorita de Chargebœuf, cuyo consentimiento corre de mi cuenta. Esa joven tiene dos mil francos de renta y ustedes emparentarán con los Chargebœuf, como emparenté yo. Créalo usted, ha de llegar día en que los Chargebœuf nos considerarán como parientes.

—¡Pero Gouraud ama á Petrilla!—dijo por toda respuesta Silvia.

—Es muy capaz de ello—dijo Vinet,—y de casarse con ella cuando usted muera.

—¡Bonito plan!

—Ya se lo he dicho á usted, ese hombre es un demonio. Case usted á su hermano, anunciando que desea usted seguir soltera para dejar su fortuna á sus sobrinos, y de este modo fastidiará á la vez á Petrilla y á Gouraud, que ya verá usted qué cara pone.

—¡Ah! ¡es verdad! ¡ya les tengo!—exclamó la solterona.—La enviaré de aprendiz á algún taller y no la daré nada. Si es pobre, que trabaje y que haga como nosotros.

Vinet salió después de haber inculcado su plan á Silvia, cuya testarudez conocía. La solterona debía acabar por creer que aquel plan provenía de ella. Vinet encontró en la plaza al coronel, que fumaba un cigarro y le esperaba.

—¡Alto ahí!—le dijo Gouraud.—Usted me ha demolido; pero en la demolición hay aún piedras bastantes para enterrarle.

—¡Pero, coronel!...

—¡No hay coronel que valga! ¡ya le arreglaré yo á usted! En primer lugar, no será usted nunca diputado.

—¡Pero, coronel!...

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA

—Yo dispongo de diez votos y la elección depende de...  
 —¡Pero, coronel, escúcheme usted, hombre! ¿Acaso no hay en el mundo más mujeres que la vieja Silvia? Ahora mismo acabo de intentar justificarle; pero usted es reputado de haber escrito á Petrilla: Silvia le ha visto salir de su casa, á las doce de la noche, para ir debajo de sus ventanas.

—¡No está mal eso, no está mall

—Y quiere casar á su hermano con Matilde, y reservar su fortuna para sus sobrinos.

—Pero ¿cree usted que Rogrón tendrá hijos?

—Sí—dijo Vinet.—Pero yo le prometo á usted encontrarle una joven guapa con ciento cincuenta mil francos. ¿Está usted loco? ¿podemos nosotros malquistarnos? A pesar mío, las cosas se han vuelto contra usted; pero usted no me conoce.

—Pues bien, para entenderse hay que conocerse—repuso el coronel.—Búsqueme usted esa joven con cincuenta mil escudos antes de las elecciones, y si no, servidor de usted. No me gustan los egoístas, y usted se ha llevado la manta entera hacia su lado. Buenas noches.

—Ya verá usted, ya verá usted—dijo Vinet estrechando afectuosamente la mano del coronel.

A eso de la una de la mañana, los tres gritos claros y sonoros de un mochuelo, admirablemente imitados, resonaron en la plaza. Petrilla los oyó en medio de su sueño febril, y, levantándose toda sudada, abrió la ventana, vió á Brigaut y le echó una pelota de seda á la que él ató una carta. La solterona, agitada por los acontecimientos de la noche y por sus irresoluciones, no dormía, y creyó que aquellos gritos eran en realidad de un mochuelo.

—¡Ah! ¡qué pájaro de más mal agüerol! Pero ¡toma! oigo que Petrilla se levanta! ¿Qué le pasará?

Al oír abrir la ventana de la buhardilla, Silvia se fue precipitadamente al balcón, y oyó á lo largo de las persianas el roce de la carta de Brigaut. Entonces se apretó los cordones de su almilla y subió á toda prisa á la habitación

de Petrilla, á la que encontró desenredando la seda para sacar la carta.

—¡Ah! ¡ya te he cogido!—exclamó la solterona yéndose á la ventana y viendo á Brigaut que se escapaba á todo correr.—Va usted á entregarme inmediatamente esa carta.

—No, prima mía—dijo Petrilla, la cual, por una de esas inmensas inspiraciones de la juventud y sostenida por su alma, se dispuso á hacer esa resistencia que admiramos en la historia de algunos pueblos reducidos á la desesperación.

—¡Ah! ¿conque no quiere usted?...—dijo Silvia abalanzándose hacia su prima y mostrándole su horrible rostro que sólo respiraba odio y furor.

Petrilla reculó un poco para tener tiempo de meterse la carta en la mano, que mantenía cerrada con invencible fuerza. Al ver este ademán, Silvia empuñó con sus zarpas de fiera la blanca y delicada mano de Petrilla, y quiso abrirla. Entonces trabóse un combate terrible, un combate infame, como lo es todo ataque al pensamiento, único tesoro que Dios pone fuera de todo alcance y que parece formar una especie de lazo secreto entre los desgraciados. Él. Aquellas dos mujeres, moribunda la una y llena de vigor la otra, se miraron fijamente. Los ojos de Petrilla lanzaban á su verdugo aquella mirada del templario que recibía en el pecho golpes de balancín en presencia de Felipe el Hermoso, el cual no pudo sostenerla y dejó la plaza lleno de espanto. Silvia, mujer y celosa, respondía á aquella mirada con otras siniestras. Reinaba un horrible silencio. Los apretados dedos de la bretona oponían á las tentativas de su prima una resistencia igual que si fuesen de acero. Silvia torturaba el brazo de Petrilla, intentaba abrirle los dedos, y como no pudiese obtenerlo, le clavaba inútilmente las uñas en la carne. Por fin, impelida por la rabia, se llevó aquella mano á los dientes para morderle los dedos y vencer á Petrilla por el dolor. Pero Petrilla seguía desafiándola con la mirada terrible de la inocencia. El furor de la solterona llegó á tal punto, que la cegó, y

entonces tomó el brazo de Petrilla y empezó á golpearle el puño contra el alféizar de la ventana y contra el mármol de la chimenea, como cuando se quiere romper una nuez para obtener su fruto.

—¡Auxilio! ¡auxilio!—gritó Petrilla.—¡Que me matan!

—¡Ah! ¡gritas habiéndote cogido con un amante á media noche?

Y seguía golpeándola sin piedad.

—¡Auxilio!—gritaba Petrilla, cuya mano destilaba sangre.

En este momento oyéronse violentos golpes á la puerta. Igualmente cansadas, las dos primas se detuvieron.

Rogrón, despierto, inquieto é ignorando lo que ocurría, se levantó, corrió á la habitación de su hermana, y, al ver que no estaba allí, sintió miedo, bajó, abrió, y fue casi derribado por Brigaut, que entró seguido de una especie de fantasma. En este mismo momento los ojos de Silvia vieron el corsé de Petrilla, y, acordándose de que había sentido en él papeles, se tiró sobre él como un tigre sobre su presa, lo empuñó y se lo mostró á la pobre niña, sonriéndole como sonríe el iroqués á su enemigo antes de arrancarle el cuero cabelludo.

—¡Ah! ¡me muerol—dijo Petrilla cayendo de rodillas.—¿Quién me salvará?

—¡Yo!—exclamó una mujer de cabellos blancos y de anciano y apergaminado rostro, donde brillaban dos ojos grises.

—¡Ah! ¡abuela, llegas demasiado tarde!—exclamó la pobre niña llorando amargamente.

Petrilla, abandonada por las fuerzas y muerta por el abatimiento que había de seguir necesariamente, dado su estado, á una lucha tan violenta, iba á caer sobre su cama, pero el grande y seco fantasma la tomó en sus brazos, como toman las niñeras á los niños, y salió seguida de Brigaut sin decir ni una sola palabra á Silvia, á la cual lanzó no obstante la más majestuosa acusación, mediante una trágica mirada. La aparición de aquella augusta anciana con su traje bretón, acompañada del terrible Brigaut,

asustó á Silvia, que creyó haber visto la muerte. La solterona bajó, oyó que se cerraba la puerta, y se encontró frente á frente de su hermano, que le dijo:

—¿No te han matado?

—Acuéstate—dijo Silvia.—Mañana veremos lo que debemos hacer.

Silvia se volvió á meter en la cama, deshizo el corsé, leyó las dos cartas de Brigaut, que la dejaron confundida, y se durmió perpleja, sin sospechar siquiera el terrible paso á que su conducta había de dar lugar.

Las cartas enviadas por Brigaut á la señora viuda Lorrain fueron á turbar la inefable dicha de esta anciana. La pobre septuagenaria moría de pena por no poder tener á su lado á Petrilla, y se consolaba de su pérdida creyendo haberse sacrificado por los intereses de su nieta. La anciana bretona tenía uno de esos corazones siempre jóvenes, sostenidos y animados por la idea del sacrificio. Su anciano marido, cuyo único goce era aquella nieta, había echado muy de menos á Petrilla, y todos los días la había buscado en torno suyo, siendo causa aquella ausencia de uno de esos dolores de anciano, del que éstos atacaban por morir. Sabiendo esto, cualquiera puede juzgar la alegría que debió sentir aquella pobre vieja recluida en un hospicio, al tener noticia de una de esas acciones raras, pero que, por fortuna, ocurren aún en Francia. Después de sus desastres y ruina, Francisco José Collinet, jefe de la casa Collinet, había partido para América con sus hijos. Este comerciante tenía demasiado corazón para permanecer arruinado y sin crédito en Nantes, contemplando las desgracias que su quiebra había causado. De 1814 á 1824, este valeroso negociante, ayudado por sus hijos y por su cajero, que le siguió siendo fiel y le prestó escasos recursos, emprendió valerosamente la conquista de otra fortuna. Después de inauditos trabajos coronados por el éxito, al undécimo año de su partida, volvió para rehabilitarse en Nantes, dejando á su hijo mayor al frente de su casa trasatlántica, y encontró á la señora Lorrain de Pen-Hoel en San Jacobo, siendo testigo

CAPITULO V. LA CANTONERA. BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BILBAO.

de la resignación con que la más desgraciada de sus víctimas soportaba la miseria.

—Dios le perdone á usted, ya que al borde de la tumba me proporciona los medios para asegurar la felicidad de mi nieta; pero yo no podré nunca hacer rehabilitar el nombre de mi pobre marido.

El señor Collinet llevaba á su acreedora el capital que le debía con sus intereses correspondientes, todo lo cual ascendía á la suma de cuarenta y dos mil francos. Sus demás acreedores, comerciantes activos, ricos é inteligentes, se habían sostenido, mientras que la desgracia de los Lorrain pareció irremediable al anciano Collinet, que prometió á la viuda la rehabilitación de su marido, ya que no se trataba más que de cuarenta mil francos. Cuando en la Bolsa de Nantes se supo este rasgo de generosidad reparadora, se quiso recibir en ella á Collinet antes de que la audiencia de Rennes pronunciase sentencia; pero el negociante rechazó este honor y se sometió al rigor del código del comercio. La señora Lorrain había recibido, pues, cuarenta y dos mil francos la víspera del día en que el correo puso en sus manos las cartas de Brigaut. Al entregar el recibo, las primeras palabras de la anciana fueron:

—Ahora sí que podré vivir con Petrilla y casarla con ese pobre Brigaut, que hará su fortuna con mi dinero.

Y no podía estar quieta, se movía, quería partir para Provins; así es que cuando leyó las fatales cartas, corrió por la villa como una loca buscando medios de ir á Provins con la rapidez del rayo. Partió, pues, con el coche correo, al saber la celeridad gubernamental de este vehículo. En París había tomado el coche de Troyes, y acababa de llegar á las once y media á casa de Frappier, donde Brigaut, al ver la sombría desesperación de la anciana bretona, le prometió buscar inmediatamente á su nieta explicándole en pocas palabras su estado. Estas pocas palabras asustaron de tal modo á la abuela, que no pudo vencer su impaciencia y corrió á la plaza. Cuando Petrilla gritó, sus voces llegaron al corazón de la anciana bretona

así como al de Brigaut. Una y otro habrían, sin duda, despertado á todos los habitantes, si Rogrón, temeroso, no les hubiese abierto. Aquel grito de joven desesperada comunicó á la abuela tanta fuerza como espanto, y se llevó á su querida Petrilla hasta casa de Frappier, cuya mujer había arreglado á toda prisa el cuarto de Brigaut para la abuela de la huérfana. En aquella pobre habitación, sobre una cama hecha apenas, fué, pues, depositada la enferma, la cual se desmayó con el puño cerrado aún, amoratado, lleno de sangre y con las uñas clavadas en la carne. Brigaut, Frappier, su mujer y la anciana contemplaron á Petrilla en silencio y llenos todos de indecible asombro.

—¿Por qué tiene la mano ensangrentada?—preguntó primeramente la abuela.

Petrilla, vencida por el sueño que sigue á los grandes despliegamientos de fuerza, y segura de estar al abrigo de toda violencia, abrió la mano, y la carta de Brigaut cayó al suelo cual si fuese una respuesta.

—Han querido quitarle mi carta—dijo Brigaut cayendo de rodillas y recogiendo la carta que había escrito á su amiga para decirle que dejase inmediatamente la casa de los Rogrón.

Después, el bretón besó piadosamente la mano de aquella mártir. Entonces vióse en la habitación algo que hizo estremecer al carpintero y á su mujer, y este algo fué la actitud de la anciana Lorrain, de aquel espectro sublime de pie, á la cabecera de su nieta; el terror y la venganza comunicaban sus radiantes expresiones á las mil arrugas que surcaban la amarillenta piel de aquella anciana; aquella frente cubierta de cabellos canos en desorden expresaba la cólera divina; con esa potencia intuitiva que poseen los ancianos próximos á la tumba, la Lorrain veía toda la vida de Petrilla, en la que tanto había pensado durante su viaje, y adivinó la enfermedad que amenazaba de muerte á su querida nietecita. Dos gruesas lágrimas, penosamente nacidas en sus ojos blancos y grises, á los que las penas habían arrancado las cejas y las pestañas, dos

perlas de dolor se formaron, comunicaron á sus ojos una espantosa frescura, se engrosaron y rodaron por sus aperturadas mejillas sin mojarlas.

—¡Me la han matado!—exclamó al fin juntando las manos.

Y cayó sobre sus rodillas, que produjeron dos golpes secos en el pavimento, y empezó á hacer, sin duda, un voto á santa Ana de Auray, que es la virgen más milagrosa de Bretaña.

—¡Un médico de París! ¡Corre, Brigaut, corre!—dijo al bretón tomándole por un brazo y haciéndole andar con gesto de despótico mando.—Brigaut querido, yo iba á venir ya antes de recibir tus cartas, porque soy rica. Toma—exclamó llamándole, al mismo tiempo que, desabrochándose la ropa, sacaba de su seno un papel que contenía cuarenta y dos billetes de Banco,—toma lo que necesites, y tráeme el mejor médico de París.

—Guardé usted eso—dijo Frappier,—porque en este momento no podría cambiar un billete de mil francos. Yo tengo dinero, la diligencia va á pasar y podrá tomar un asiento. Pero ¿no sería mejor consultar antes al señor Martener para que nos indicase algún buen médico de París? La diligencia no viene hasta la una, y tenemos tiempo.

Brigaut fué á despertar al señor Martener, y llevó á este médico, que no quedó poco sorprendido al ver á la señorita Lorrain en casa de Frappier. Brigaut le explicó la escena que acababa de desarrollarse en casa de los Rogrón. La charla de un amante desesperado dió cuenta de aquel drama doméstico al médico, sin que éste sospechara su horror ni su importancia. Martener dió la dirección del célebre Horacio Bianchon á Brigaut, que partió con su amo al oír el ruido de la diligencia. El señor Martener se sentó, y después de examinar las equimosis y heridas de la mano que pendía del lecho, dijo:

—¡Estas heridas no se las ha hecho ella misma!

—No; la horrible mujer á quien tuve la desgracia de confiársela la sacrificaba—dijo la abuela.—Mi pobre

Petrilla gritaba: «¡Auxilio! ¡que me mueró!» de un modo capaz de hacer estremecer á un verdugo.

—Pero ¿por qué?—dijo el médico tomando el pulso á Petrilla.—Está muy enferma—añadió aproximando una luz á la cama.—¡Ah! ¡dificilmente la salvaremos!—dijo después de haberle visto la cara.—Ha debido sufrir mucho, y no comprendo como no la han cuidado.

—Mi intención es quejarme á la justicia—dijo la abuela.—Gentes que me han pedido á mi nieta por carta, diciendo que poseían más de doce mil francos de renta, tenían derecho á hacerla su cocinera y á obligarla á trabajar más de lo que le permitían sus fuerzas?

—¿Cómo no han visto la más visible de las enfermedades á que están sujetas las jóvenes y que exige los mayores cuidados?—exclamó el señor Martener.

Petrilla fué despertada por la luz que la señora Frappier tenía para alumbrarle la cara y por los horribles dolores de cabeza que le causaba la reacción moral de la lucha.

—¡Ah! señor Martener, ¡estoy muy mala!—le dijo con su hermosa vocecita.

—¿Dónde le duele á usted, amiguita mía?—le preguntó el médico.

—Aquí—dijo Petrilla señalando la parte superior de la cabeza, encima de la oreja izquierda.

—Sí, aquí hay un poco de supuración—exclamó el médico después de haberle levantado la cabeza y de haberla interrogado acerca de sus sufrimientos.—Hija mía, para que podamos curarla, tiene usted que contármelo todo. ¿Cómo tiene usted la mano de este modo? ¿Ha sido usted la que se ha hecho estas heridas?

Petrilla contó sencillamente la lucha con su prima Silvia.

—Hágala usted hablar, entérese usted bien de todos los detalles—dijo el médico á la abuela.—Esperaré la llegada del médico de París y llamaremos al médico en jefe del hospital para tener una consulta, porque la cosa me parece muy grave. Ahora daré orden de que le envíen una

CAP. I. LA UNIVERSIDAD  
 BIBLIOTECA N. 1  
 A. U.